

Octavio Paz: El peregrino en su patria

Extra Puntos Cantos CX

Juan Rulfo visto por Cobo Borda

Carlos Fuentes: Cristóbal Nonato

Poemas de Gonzalo Rojas, José Luis Rivas, G. Rothschuh, Elsa Torres y A. Sariganana

Gerardo Deniz: El Goethe de Casinos

Escribir: incendiar

Alejandro Katz

Cuando por fin las llamas lo alcanzaron se echó a reír a carcajadas, como jamás en su vida había reído.

Elías Canetti. Auto de fe

El juego de ojos —tercer tomo de las memorias de Elías Canetti— es mentiroso. Esto era sin duda inevitable. No me refiero, claro está, a que Canetti falte a la verdad, tampoco a que la verdad haga falta en esa obra. Ni siquiera pienso en el volumen completo. Más modesta, mi queja, mi observación atañe a lo dicho en pocas líneas (aunque quizá esto comprenda todo el libro, todos los libros). En la primera página de *El juego de ojos* Canetti escribe: "*Kant se incendia* —así se titulaba entonces mi novela— me había dejado convertido en un desierto. La quema de los libros era algo que no podía perdonarme". Y, más adelante: "El hecho de que ellos perecieran en las llamas lo sentí como si me hubiera ocurrido a mí mismo. Tenía la sensación de haber sacrificado no sólo mis propios libros, sino también los del mundo entero, pues la biblioteca del sinólogo albergaba todo cuanto poseía importancia para el mundo, albergaba los libros de todas las religiones, los libros de las literaturas orientales en su totalidad, los de las occidentales sólo en la medida en que hubieran conservado un mínimo de vida."

Antes de Canetti nadie lamentó el incendio de una biblioteca. Y si la historia nos recordara que alguien se atrevió a hacerlo alguna vez, deplorando que las llamas devoraran la memoria de la humanidad, ella misma nos recuerda igualmente la respuesta: "Déjala arder, dice alguien, es una memoria de infamias". "Déjala arder" es también la sentencia de otra edad y de otra geografía: "Déjala arder: o bien los libros que contiene repiten el libro, y son innecesarios, o bien lo traicionan, y son inexistentes".

La imagen de la biblioteca en llamas convoca afectos contrarios: es la consumación del saber y es asimismo la mayor traición que éste puede sufrir: no hay herejía, ya lo hemos aprendido, sin la vocación hereje del inquisidor.

No es difícil aceptar que si en el principio la biblioteca construye el orden, luego, muy pronto, lo aniquila. Ordenar sus volúmenes es, como quiere Borges, ejercer con humildad el arte de la crítica; mas la biblioteca misma se ocupa de acabar con la ilusión de la taxonomía. Todo aquel que convive con una biblioteca lo sabe: ésta prolifera, el orden de ayer es

el caos de hoy y la advertencia de un mañana igualmente caótico, y ello no sólo por la incorporación de nuevos tomos, sino también, sobre todo, porque nadie fluye dos veces por la misma página, porque ninguna página acepta dos veces la misma lectura: todas las inquisiciones son siempre otras inquisiciones.

Cuando la biblioteca deviene total —y toda biblioteca lo es en ocasiones— el deseo de lectura es deseo de fuego: deseo de comunión, de com-penetrarse con lo ya dicho, de consumir en lo ya escrito. Es deseo asimismo de



fin, de instalar de una vez y para siempre el punto final. Es deseo, por último, de cancelación: acabar con la biblioteca es destruir el pasado. Pero los monstruos del logos engendran la astucia de la memoria: suprimir la historia es actualizarla, es repetirla en las innumerables bibliotecas que ya fueron quemadas.

El lamento de Canetti se torna así imposible. Quiero decir: no se trata de que él no lo haya pronunciado, sino de que pronunciarlo es imposible y, por tanto, en el inicio de *El juego de ojos* se oculta una afortunada mentira: Canetti escribe, a sabiendas, lo que no puede ser escrito.

No indago aquí los motivos de Canetti sino las razones de esa imposibilidad. Conviene sin embargo anotar que él *incepó* la biblioteca de Kien y luego, sólo luego, lamentó haberlo hecho; hay en ello, intuyo,

suficiente causa para desconfiar de ese lamento.

Elías Canetti, un joven de escasos veinte años, sabe, sin saber por qué —pero esto no interesa—, que su destino serán, *son* las letras. No es una revelación, no es una conversión; él no adopta la fe de las letras; es, en todo caso, adoptado por ellas. Un tema lo obsesiona, y presente (aceptar su certeza parece excesivo) que le dedicará toda su vida. Descubre así que *perderá* su vida, que ésta será desde entonces

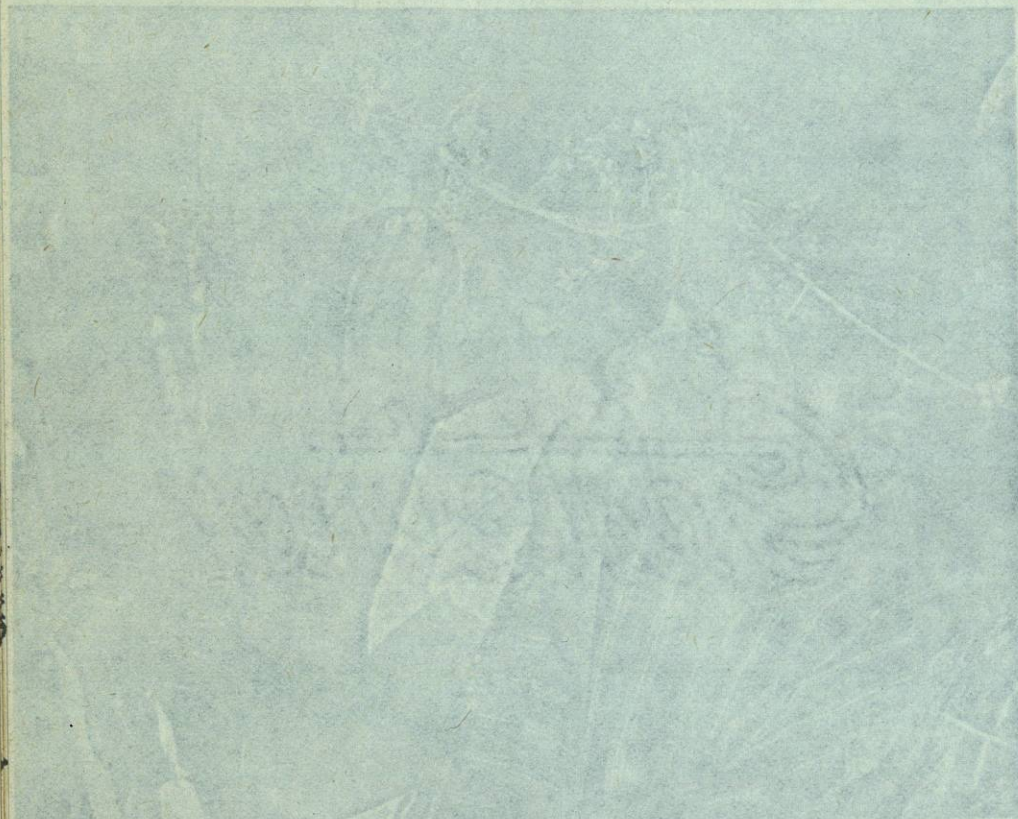
de su tema y de su oficio, no suya. Dice tener paciencia. En realidad no puede dejar de tenerla.

Todos aquellos que han padecido ese destino compartieron una igual escena: una mesa, oscura, quizá recostada sobre una ventana, quizá iluminada por una pequeña lámpara de pie. Sobre ella, papeles. Detrás, a los costados, estantes repletos de libros. Quien escribe *gira* sobre sí, escoge un volumen, lo consulta, lo devuelve a su sitio: los libros pueden quedar por un rato encima de la mesa, pero *él* sabe que ése no es su sitio, que si están allí es provisionalmente. Todos los que han padecido ese destino comparten una voluntad: que la hoja en que escriben no participe del mismo espacio que los libros ya escritos. Éstos pueden estar allí, es más, *deben* estar allí, pero no deben *ser* vistos.

Me pregunto por qué y ensayo una primera

religioso, causa para desconfiar de ese la-
mento.

Elías Canetti en joven de escasos veinte
años, sabe, sin saber por qué—pero esto no
interesa—que su destino será, con las letras.
No es una revelación, no es una convicción.
No adopta la fe de las letras, es en todo caso
adoptado por ellas. Un tema lo obsesiona
permanente (aceptar su certeza patética excesiva)
que le dedicará toda su vida. Descubre así que
perderá su vida, que esta vida será entonces



de su tema y de su oficio, no suya. Dice tener
paciencia. En realidad no puede dejar de re-
nata.
Todos aquellos que han padecido ese de-
lirio comparativo, una igual escencia, una
mesa, oscura, dura, recordada sobre una ven-
tana, quizá iluminada por una pequeña lám-
para de pie. Sobre ella, papeles. Detrás, a los
costados, estantes repletos de libros. Quien
escribe gira sobre el escritorio un volumen, lo
consulta, lo devuelve a su sitio: los libros que
den quedar por un rato encima de la mesa,
pero él sabe que ese no es su sitio, que están
allí es provisionalmente. Todos los que han
padecido ese destino comparan una volun-
tad que la hoja en que escriben no participa
del mismo espacio que los libros ya escritos.
Estos pueden estar allí, es más, deben estar
allí, pero no deben ser vistos.
Me preguntó por qué, ¿cómo una primera

El caso de hoy y la adversidad de un mañana
igualmente caótico, y él no sólo por la incertidun-
dumbre de nuevos tiempos, sino también, so-
bre todo, porque nadie sigue los pasos por la
misma página, porque ninguna página acepta
dos veces la misma lectura, todas las indus-
trias son siempre otras industrias.
Cuando la biblioteca deviene total—y toda
biblioteca lo es en ocasiones—el deseo de leer
tura es deseo de fuego, deseo de comunión, de
comunicarse con lo ya dicho, de con-
miser en lo ya escrito. Es deseo asimismo de



fin, de instalar de una vez y para siempre el
punto final. Es deseo, por último, de cancela-
ción, acabar con la biblioteca, es destruir el
pasado. Pero los monstruos del logos engan-
dan la astucia de la memoria: suprimir la
historia es actualizarla, es repetirla en las in-
numeras bibliotecas que ya fueron duma-
das.
El lamento de Canetti se torna así imposi-
ble. Quiere decir: no se trata de que él no lo
haya pronunciado, sino de que pronunciado
es imposible y por tanto, en el inicio de El
juego de ojos se oculta una eternidad men-
tira: Canetti escribe, a sabiendas, lo que no
puede ser escrito.
No indago aquí los motivos de Canetti
sino las razones de esa imposibilidad. Con-
siente sin embargo anotar que el incendio la
biblioteca de Kien y luego, sólo luego, la
mentó habiendo hecho, hay en él, un rayo.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Elías Canetti. Año de la
liberación de los campos de concentración de
Auschwitz.

Armando Sarignana

boceto

Memorable atleta de oropel
alcatraz
pez
reflejo corredizo a la orilla de la sed
que avanzas por la lama del agua
y de la sombra a la luz vas y
apareces

azulado amor

a francisco en marquelia

reentinto el fosfórico oleaje que pacífico cabalga sobre
peñas estériles azotadas por el sol.
rodamos lobunos en la arena espejeante de caracolas y
serpientes.
trocáronse en lenguas los secretos y bebieron como bestias
satisfechas del requiebro. Celo marino crepitó en la epidermis.
en la faz finísima del sílice apareció punzante nuestro mar
teatralizado furo y lívido.
ni susurrantes tritones-sirena ni moluscoides de fragatas
hundidas invoqué. Sólo, remiendo los días de agua y tierra,
ansioso de volver a ser en él, a su lado.

respuesta: porque quien escribe lo hace por
vanidad, y ésta no es solidaria del genio. No
me convence y ensayo otra: porque quien
escribe lo hace por necesidad, y no soportaría
encontrar esa necesidad ya satisfecha en pági-
nas ajenas. Tampoco me convence. No diré
que encuentro la respuesta, pero aventuro
una que tiene al menos la virtud o, más sim-
plemente, la ventaja de ignorar los insonda-
bles motivos de la escritura. Es ésta.

Ese joven de veinte años no está ahora en su
mesa. Sentado en una esquina de la sala, con-
versa con alguien. Su interlocutor parte y la
atención del joven, ya libre, permanece indi-
ferente durante unos minutos. Luego, el azar,
el misterioso azar, fija su vista en la biblio-
teca. Esta es pequeña. No cubriría ninguno de
los hexágonos de la de Babel ni llenaría nin-
guno de los estantes de la de Alejandría. De
todos modos es inmensa: él sabe que nunca
agotará su prolíficos volúmenes.

Su vista se posa primero en los presocráti-
cos, edición Diels-Kranz. La observa, fasci-
nado primero, luego con repugnancia. Vacila y
deja que su mirada resbale—ésta es la pala-
bra— hasta Schopenhauer, el hermoso tomo
empastado de *Ueber die vierfache Wurzel des
Satzes vom zureichen den grunde* (edición de
1813). Igual: de la fascinación a la repugnan-
cia, y el mismo devenir de la mirada, que esta
vez se detiene más rápidamente. Es ahora
Nietzsche, compañero de Schopenhauer:
Ecce Homo; luego, *Zur Genealogie der Moral*.
La fascinación y el asco se repiten cada vez
con mayor intensidad. Es ya incapaz de reco-
rrer con la vista un estante completo, pasa de
libro a libro, de tomo a tomo. Está alienado.

En un instante de lucidez, que sabe aprove-
char, se dirige a su mesa, se sienta. Los libros
han quedado atrás, a los costados, en el sitio
que les corresponde; fuera del alcance de su
vista—quiero decir, fuera de él.

Que los ortodoxos aclamen la unánime perti-
nencia de la biblioteca es algo previsible. Sub-
yugados por la ilusión de un Orden, suponen
que cada nuevo tomo justificará a los prece-
dentes, será justificado por los que vendrán.
El recordó, empero, que uno de los heresiar-
cas de Uqbar había declarado que los espejos
y la cópula son abominables, porque multipli-
can el número de los hombres. No menos
abominables, se dijo, no menos inevitables
son los libros, que multiplican innecesaria-
mente los horripilantes mundos. No menos
impronunciado es la sentencia de Canetti,
pensó; sólo la risa de Kien es posible, pues
escribir un texto, una línea, es incendiar bi-
bliotecas.